

Homenaje

Carlos Eroles, nació en Buenos Aires el 22 de junio de 1940. Fue ante todo el esposo de Ada con quien recorrió la mayor parte de su vida desde que comenzaron a caminar juntos en 1960.

Padre de cuatro hijos y abuelo de nueve nietos. Hermano, tío, padrino; buen amigo de sus amigos, con los que compartió las alegrías y penas de la vida.

Se plantó, miró y vivió la vida desde la fe en un Dios encarnado en la historia y desde la defensa de los derechos de los excluidos: los pobres, los perseguidos políticos, los migrantes, las personas con discapacidad.

Luchador, firme en sus convicciones hasta la tozudez, honesto, comprometido, lleno de esperanza en los seres humanos y en la posibilidad de construir una sociedad más justa y fraterna. Latinoamericano más que argentino y ecuménico más que católico.

Como Trabajador Social, amó su profesión a la que definió y practicó *“como una profesión de derechos humanos centrada en la defensa y promoción de la vida y de la dignidad humana”*. Ejerció su quehacer profesional en distintos ámbitos: organizaciones sociales, centros de estudios sociales y formación; organismos defensores de los derechos humanos; en la pastoral social de la iglesia argentina; en la docencia; desde el Estado, en la Secretaría de Desarrollo Humanos y Familia, el Consejo del Niño y la Familia; la Secretaría de Derechos Humanos. Fue por muchos años Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y



dos veces director de la Carrera de Trabajo Social de la Universidad de Buenos Aires. Autor de muchos libros en temas de trabajo social, derechos humanos, familia, infancia y discapacidad.

En los últimos años fue Coordinador del área Discapacidad de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, integrante de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de Argentina, Coordinador del Comité de Evaluación Convención Interamericana Contra la Discriminación de Personas con Discapacidad y Subsecretario de Extensión de la Universidad de Buenos Aires.

Recibió numerosos premios y reconocimientos, entre ellos, la Medalla Andrew Mouravieff-Apóstol de la Federación Internacional de Trabajo Social (FITS), el año 2008 y la Medalla del Bicentenario otorgada por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, en octubre de 2009.

El sábado 7 de noviembre de 2009 falleció. Su cuerpo –muy débil por una artritis que sufrió por cuarenta años– ya no lo estaba acompañando y hasta las tareas más simples le costaban cada vez más. Partió a la Casa del Padre. Los sueños y esperanzas que sembró seguirán floreciendo en quienes trabajan por un mundo más justo y solidario. Esa será su presencia para siempre.